

UNA CITA CON NUESTRO DIOS

Es posible que hayas leído este mensaje antes, pero qué bueno es reflexionar con relación al tiempo que tomamos para relacionarnos con nuestro Señor, y cuánto tiempo dedicamos a nuestros quehaceres.

¿Pero cuánto tiempo queremos que tome Dios en favor de nosotros?

Al levantarte esta mañana, en los afanes te observé esperando que me hablaras aunque fuera unas pocas palabras, ya sea para preguntar mi opinión acerca de tus planes o agradecer por algo bueno que te haya sucedido ayer. Pero note que estabas muy ocupado, buscando ropa adecuada para vestirte e ir al trabajo.

Mientras corrías por la casa en tus últimos ajedreces, seguí esperando que te detuvieras para dedicarme unos instantes, por lo menos para decirme: “¡Hola!”

Cuando noté que estabas demasiado ocupado encendí el cielo, lo llené de colores y con el trino de las aves también te di vida al espacio con la esperanza de que me vieras y oyeras. Vanos resultaron mis esfuerzos para atraer tu atención.

Mientras ibas al trabajo te acompañé, y durante el día paciente esperé que me dispensarás tu atención. Reconozco que tus tareas te estuvieron demasiado ocupado para que me dijeras algo acerca de ti.

De regreso a casa observé el peso de tus preocupaciones con el deseo de ayudarte a llevar la carga. Deseaba aliviarte para que pudieras pensar en mí, pero una circunstancia te llevó a ofender mi nombre. Mucho deseaba que me hablaras en el tiempo que restaba.

Después, en casa, encendiste tu TV, al estar atrapado en la pantalla mientras cenabas seguí esperando, y después nuevamente te olvidaste de hablar conmigo.

Al notar que estabas muy cansado acepté tu silencio, y aunque opaque el resplandor del cielo no te deje a oscuras: hice brillar la luna y las estrellas; y, a pesar de ser hermosas, no tuviste tiempo de observarlas.

A la hora de dormir ya estabas exhausto, después de expresar un formal “buenas noches” a tu familia, te desplomaste sobre tu cama durmiéndote enseguida, y aunque no te diste cuenta, con ángeles velamos tu sueño.

Siempre estoy contigo.

Tengo más paciencia de lo que te imaginas. También quisiera enseñarte a ser tolerante con otros. Te amo tanto que todos los días espero una oración tuya, un ruego, una súplica, un agradecimiento. La naturaleza, los animales, las aves, los creé para hacer agradable tu vida.

Bueno, como llegó la hora de levantarte otra vez, hoy nuevamente acariciaré la esperanza de que me digas algo.

Que tengas un feliz día. Jesús.

Adaptado, anónimo.

I. Por Creación.

“Acuérdate del sábado para consagrarlo. Trabaja seis días, y haz en ellos todo lo que tengas que hacer”. Ex. 20:8-9.

“Ustedes deberán observar mis sábados. En todas las generaciones venideras, el sábado será una señal entre ustedes y yo, para que sepan que yo, el Señor, los he consagrado para que me sirvan [*os santifico*]”. Ex. 31:13.

II. Por Redención.

“Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo”. Ga. 4:4.

“Hagan todo esto estando conscientes del tiempo en que vivimos. Ya es hora de que despierten del sueño, pues nuestra salvación está ahora más cerca que cuando inicialmente creímos”. Ro. 13:11.

III. Por Pertenencia.

“Pero hay un Dios en los cielos, que revela los misterios. Ese Dios le ha mostrado a usted lo que tendrá lugar en los días venideros”. Dn. 2:28.

“Mi vida entera está en tus manos”. Sal. 31:15.

IV. Aspecto práctico.

“Aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos”. Ef. 5:16.

“Algunos llegamos hasta los setenta años, quizás alcancemos hasta los ochenta, si las fuerzas nos acompañan. Tantos años de vida...”
“Enséñanos a contar bien nuestros días, para que nuestro corazón adquiera sabiduría”. Sal. 90:10, 12.

I. Por Creación.

“Así quedaron terminados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos. Al llegar el séptimo día, Dios descansó porque había terminado la obra que había emprendido. Dios bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en ese día descansó de toda su obra creadora”. Gn. 2:1-3.

“El sábado fue confiado y entregado a Adán, padre y representante de toda la familia humana. Su observancia había de ser un acto de reconocimiento de parte de todos los que habitasen la tierra, de que Dios era su Creador y su legítimo soberano, de que ellos eran la obra de sus manos y los súbditos de su autoridad”. *PP*, 29.

II. Por Redención.

El sábado es una experiencia espiritual. Es bueno obedecer a Dios en reconocimiento de nuestra obligación; pero es *mejor* tener el *amor de Dios en nuestro corazón* hasta el punto que obedecemos porque realmente deseamos hacerlo.

La verdadera observancia del sábado es una prenda de amor mutuo entre nuestro mejor Amigo y nosotros.

“En esto consiste el amor a Dios: en que obedezcamos sus mandamientos. Y éstos no son difíciles de cumplir”. 1 Jn. 5:3.

Toda alma que ama a Jesús debiera amar al sábado y guardarlo, porque es una doble señal de su amor: como Creador y Redentor. Cuando una persona responde al amor de Cristo obedeciéndole y guardando su sábado, éste llega a ser un vínculo de amor entre el creyente y su Señor.

El centro de la verdad del sábado es Cristo nuestro Creador y Redentor.

“Sepan que el Hijo del hombre es Señor del sábado”. Mt. 12:8.

“Así que el Hijo del hombre es Señor incluso del sábado”. Mr. 2:28.

Toda alma que recibe a Cristo como Señor y Salvador también recibe el séptimo día como día de reposo, como señal de que él es su Creador y Salvador.

“...deberán observar el sábado. En todas las generaciones... una señal eterna entre ellos y yo”. “...para que reconozcan que yo soy el Señor su Dios, [*que los santifico*]”. Ex. 31:16; Ez. 20:20 [12].

III. Aspecto práctico.

“Me agrada Dios mío, hacer tu voluntad; tu ley la llevo dentro de mí”. Sal. 40:8.

“Yo me alegre cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor”. “Anhelo, y ardientemente deseo los atrios del Señor. Mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo”. “¡Dichosos los que habitan en tu casa! ¡Siempre te alabarán!” “Mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos. Prefiero estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad”. Sal. 122:1; 84:2, 4, 10.

“Si retiras tu pie de pisotear el sábado, de hacer tu voluntad en mi día santo, y si al sábado llamas delicia, santo, glorioso del Señor, y lo veneras, no siguiendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando palabras vanas, entonces te deleitarás en el Señor,... La boca del Señor lo ha dicho”. Isa. 58:13, 14.

Uno tiene tiempo para lo que cree que es importante. Nadie puede guardar el sábado de Cristo, si primero no lo tiene morando en él para dirigir su mente y sus afectos.

Nadie puede verdaderamente guardar el sábado a menos que entre en una relación más íntima con Cristo durante ese día que en los otros seis.

Hay una diferencia entre un observador nominal del sábado y ser un verdadero guardador del día del Señor. Una persona no convertida puede deponer su trabajo acostumbrado y asistir regularmente a la iglesia los sábados. Pero para ser un verdadero observador del sábado uno debe experimentar la santificación progresiva como resultado de la mirada diaria de Cristo en su interior.

“Todos los que aman a Dios deben hacer lo que puedan para que el sábado sea una delicia, santo y honorable. No pueden hacer esto buscando sus propios placeres en diversiones pecaminosas y prohibidas. Sin embargo, pueden hacer mucho para exaltar el sábado en sus familias y hacer de él el día más interesante de la semana”.
1 *JT*, 278.

Conclusión.

El sábado no es un fin en sí mismo, sino un medio por el cual el hombre puede conocer mejor el carácter y los propósitos de su Creador.

El sábado es una de las mayores bendiciones que el amante Creador ha dispensado a los hombres.

“No tengan miedo... Dios ha venido a ponerlos a prueba, para que sientan temor de él y no pequen”. Ex. 20:20.

“A los... que se han unido al Señor para servirle, para amar el nombre del Señor, y adorarlo, a todos los que observan el sábado sin profanarlo y se mantienen firmes en mi pacto, los llevaré a mi monte santo; ¡los llenaré de alegría en mi casa de oración! Aceptaré los holocaustos y sacrificios que ofrezcan sobre mi altar, porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos”. Is. 56:6-8.